

De antropología, ritos y creencias funerarias en la Protohistoria de Lanzarote (Islas Canarias)

Pablo Atoche Peña¹, M^a. Ángeles Ramírez Rodríguez², Conrado Rodríguez Martín³, M^a. Dolores Rodríguez Armas⁴ y Sergio Pérez González⁵

¹ Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. España. E-mail: patoche@dch.ulpgc.es

² Investigadora independiente. Tenerife. España.

³ Instituto Canario de Bioantropología. OAMC. Tenerife. España.

⁴ Archivo Histórico de Teguiise. Lanzarote. España.

⁵ Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Programa de Doctorado. España

ABSTRACT: Cultural diversity and island's syndrome justify by themselves the existence in the Canary Islands of beliefs and funerary rituals that, although after losing their original significance, show strong relationships with those Egyptian, Punic-Phoenician and Roman origin. Lanzarote is, perhaps, the island of the archipelago where more Mediterranean cultural elements have been documented. This paper deals with the analyses of religious beliefs and funerary practices as well as with the bioanthropological characteristics of the island's population from a multidisciplinary work performed by archaeologists, bioanthropologists and historians of several scientific institutions of the Canaries.

KEYWORDS: Canary Islands; Archaeology; Protohistory; Bioanthropology; beliefs and funerary rituals.

PALABRAS CLAVE: Islas Canarias; Arqueología; Protohistoria; Bioantropología; creencias y rituales funerarios.

Introducción

En este trabajo analizamos desde una perspectiva interdisciplinar los hallazgos arqueológicos de carácter antropológico efectuados en la isla de Lanzarote, acercándonos a través de ellos a la bioantropología de las poblaciones protohistóricas, a sus creencias religiosas y a los rituales funerarios que han permitido que ese tipo de elementos hayan llegado hasta nosotros.

Como paso previo al estudio directo de los restos antropológicos hemos efectuado un amplio rastreo bibliográfico con el fin de localizar las noticias publicadas acerca de la manera y el momento en que se produjeron los hallazgos, tarea que nos ha permitido constatar dos hechos: la escasez de datos existentes y la, por lo general, falta de método en la forma en que se ha producido su

recuperación. En consecuencia, aunque conocemos la totalidad de los registros antropológicos de los que se ha dado algún tipo de noticia somos conscientes de que éstos no constituyen un conjunto todo lo amplio que hubiéramos deseado tanto desde la perspectiva diacrónica como desde la estrictamente estadística. En consecuencia, la limitación anterior ha condicionado el desarrollo de nuestro trabajo y los resultados finales de éste.

Arqueología de la muerte en Lanzarote

En Lanzarote son extremadamente escasos los estudios bioarqueológicos realizados, de ahí que desconozcamos casi todo en relación con el ritual

funerario, la fisiología de los primeros colonizadores de la isla, su dieta o las enfermedades que padecieron. La falta de datos de primera mano se ha intentado soslayar mediante el recurso a las fuentes etnohistóricas, un tipo de información cuyo empleo en Canarias constituye un procedimiento metodológico habitual en el ámbito de la investigación de la Arqueología protohistórica, en especial cuando se carece de otros datos más fiables, aunque con demasiada frecuencia han servido para que determinados caracteres culturales constatados en una isla se hagan extensivos al resto del archipiélago. Para Lanzarote existen ejemplos de esto último desde el siglo XIX, entre los cuales probablemente el más llamativo se lo debemos a G. Chil y Naranjo, quien aún reconociendo que no había visto directamente momia alguna o cualquier otro tipo de resto antropológico procedente de Lanzarote, no duda en extrapolar a esa isla la información conocida para Tenerife y Gran Canaria, asegurando que en Lanzarote “... *embalsamaban los cadáveres, y en tal estado los extendían sobre pieles de cabras y los cubrían con otras, que no habían servido para uso alguno, depositándolos en cuevas destinadas al efecto*” (Chil y Naranjo, 1876, 407). Con respecto al proceso de embalsamar tampoco duda en señalar que: “*Los historiadores no dicen el procedimiento que siguieron los de Lanzarote para los embalsamamientos; pero es de suponer que, después de extraerles los órganos torácicos y abdominales, y acaso los líquidos, frotasen las carnes con grasa y los expusiesen al sol y al humo. Una vez secos les llenarían el vientre con yerbas y semillas de plantas aromáticas, y, por último, los envolverían en las pieles*” (Op. cit., 1876, 432)¹.

Frente a los procedimientos analíticos como el descrito, este estudio arrancará centrando nuestra atención precisamente en los documentos arqueológicos, en los hallazgos funerarios que se han producido en Lanzarote a lo largo de los últimos ciento cincuenta años, los cuales se caracterizan en la totalidad de los casos por tratarse de hallazgos casuales, nunca como resultado de una actividad arqueológica sistemática en el marco de un programa de

investigación orientado al estudio bioarqueológico de la población protohistórica de la isla.

Las noticias referidas al hallazgo de restos antropológicos (Fig. 1)

Las primeras noticias procedentes de ámbitos científicos se las debemos a G. Chil y Naranjo, están datadas en el último cuarto del siglo XIX y dan a conocer el hallazgo de algunos restos humanos en la Cueva de los Verdes, los cuales le permiten al citado investigador calificar al lugar del hallazgo como necrópolis de los primeros habitantes de la isla (Chil, 1876, 413). A finales de ese mismo siglo (1899) se produce otro nuevo hallazgo de varios esqueletos en la Plaza Mayor de Tegui se cuando se procedía a la plantación de árboles; los restos fueron enviados al Museo Canario de Las Palmas si bien la primera referencia acerca de su descubrimiento no será recogida hasta casi treinta años más tarde por el cronista de la Villa de Tegui se, L. Betancort (1927, 205-206), quien relacionó los restos recuperados con los más de 170 argelinos que perecieron en el Callejón de la Sangre el 7 de septiembre de 1569 cuando asaltaban la ciudad, siendo al parecer sepultados en amplias fosas comunes por los frailes del convento de San Francisco².

Tras la información anterior habrá de pasar más de medio siglo para que aparezcan otras noticias acerca de la recuperación de restos antropológicos; los nuevos hallazgos se producen durante las excavaciones que J. de C. Serra Ràfols dirigió en Rubicón, yacimiento en el que identificó la presencia de un cementerio cercano al lugar en el que se levantaba la antigua iglesia de San Marcial. El hallazgo consistía al parecer en dos esqueletos en posición decúbite supino, enterrados en fosas excavadas a escasa profundidad sin protección de piedras ni acompañamiento de ajuar. La tipología del ritual funerario permite a su descubridor adscribir los individuos a época histórica, ubicándolos en un arco temporal que iría desde la fundación de la Iglesia de San Marcial en el siglo XV hasta el siglo XVII

1 T. Arias Marín de Cubas (1986 [circa 1694]) también afirmó que la momificación se practicaba en el Lanzarote protohistórico.

2 Al frente de la defensa de la isla estaba el marqués D. Agustín de Herrera y Rojas. Los insulares que perecieron en el enfrentamiento fueron sepultados en las naves del templo parroquial.

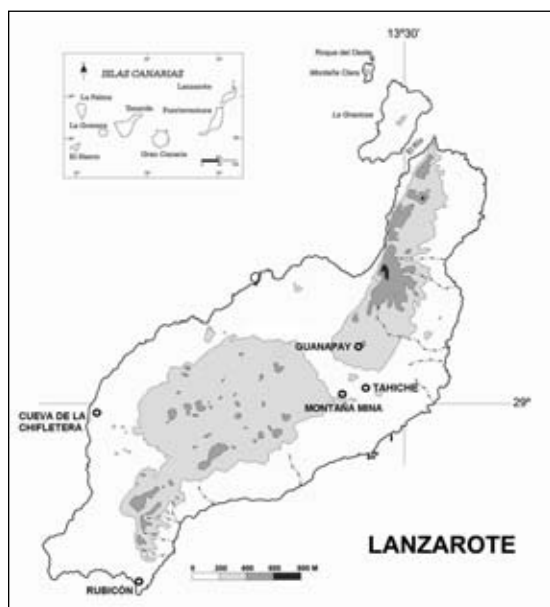


FIGURA 1. Isla de Lanzarote. Localización de los sitios funerarios

(Serra Ràfols, 1960, 359)³. Esa gran amplitud temporal respondía al hecho de que el lugar mantuvo durante largo tiempo su carácter de tierra consagrada, circunstancia corroborada por el proceso abierto en 1638 a Marcial de Saavedra por enterrar allí a un niño sin la autorización del párroco. En el lugar se debió producir algún otro enterramiento furtivo durante la primera mitad de siglo XIX, tal y como consta en una queja presentada en 1827 al alcalde de Femés por el vecino de Papagayo, D. Polcarpo de León Perdomo. Según A. de la Hoz (1960, 203) aún a comienzos del siglo XX se siguieron colocando flores y sahumerios sobre las invisibles sepulturas realizadas en el interior de la desaparecida catedral, recogiendo el citado investigador algunas de las leyendas y supersticiones que a mediados del siglo pasado aún existían en el sur de la isla en relación con las sepulturas de Rubicón (Hoz, 1960, 205).

Años más tarde, en el mes de noviembre de 1968⁴ y en la misma región del sur de Lanzarote, a unos 2 km. al norte del caserío de El Golfo (Yaiza), un gru-

po de espeleólogos localizan en la Cueva de la Chifleterera un cadáver en posición decúbito supino, al que le faltaba el cráneo, algunas costillas, el brazo y el pie izquierdo. Como hecho llamativo conservaba el pelo, una cabellera trenzada de unos 50 cm. de largo, además de un objeto perforado colocado sobre el tórax; junto a lo anterior también se encontró un fragmento de tea y otro de cerámica (Anó, 1969, 304). Si bien este hallazgo constituyó en su momento la primera inhumación individual en cueva localizada en la isla, su adscripción cronológica o cultural no resultaba clara, cuestión a la que el pobre ajuar que contenía en nada ayuda a esclarecer.

Como se puede deducir de lo recogido hasta ahora, los restos recuperados hasta finales de la década de los años 60' del pasado siglo XX apenas contribuyen a determinar las costumbres funerarias de los primeros pobladores de la isla toda vez que su filiación protohistórica está por demostrar. De hecho, los primeros restos de probable adscripción protohistórica, pertenecientes a la Fase Canaria, al periodo de constitución y desarrollo de la cultura insular de los *mabos* (Atoche, e.p.), se recuperaron en las laderas del Volcán de Guanapay (Teguise) (Arco, 1976). En ese lugar apareció un enterramiento individual en fosa, con el cadáver en posición decúbito lateral derecho, con brazos y piernas encogidos y la cabeza apoyada sobre una roca, acompañado por un ajuar funerario constituido por fragmentos de cerámicas con decoración incisa y dos pequeños recipientes sin decorar, punzones de hueso y varias patellas distribuidas alrededor del cuerpo (Fig. 2). Algunos años más tarde, en 1983 y en la misma ladera del Guanapay se identificaron otros enterramientos repartidos en dos áreas (Hernández *et alii.*, 1987); en la zona baja cercana a la carretera se recuperaron dos esqueletos infantiles correspondientes a subadultos de escasos meses de edad, los cuales aparecieron muy próximos a la superficie inmersos en un estrato en el que son frecuentes los hallazgos de elementos materiales protohistóricos desplazados por la erosión ladera abajo. En la zona alta se localizó el cadáver de un adolescente asocia-

³ *Le Canarien* recoge las numerosas muertes que se produjeron entre los indígenas apresados en Rubicón. No obstante, en ningún caso la citada fuente indica qué se hizo con sus cuerpos, si fueron enterrados en las cercanías del castillo o simplemente se abandonaron a su suerte. Lo cierto es que los esqueletos descubiertos por J. de C. Serra Ràfols no parecen corresponder a indígenas, todo ello en el supuesto de que el castillo de Rubicón se halle realmente en ese lugar.

⁴ La noticia la recoge G. Tophan en el periódico "La Antena", editado en Arrecife, el 4 de febrero de 1969, página 8.



FIGURA 2. Enterramiento localizado en la necrópolis de las laderas del Guanapay (Teguise, Lanzarote)

do a varios cuernos de cabra y fragmentos de cerámica, bajo el cual se encontró un anillo metálico y una cuenta vítrea con forma de tendencia elipsoidal. La presencia de esos dos objetos puso en duda su filiación protohistórica, si bien A. Tejera (1992, 90-93) consideró que esos artefactos constituían una prueba evidente de los primeros contactos de la población insular con los europeos del siglo XIV (Tejera, 1992, 90-91), sin que llegue a explicar qué criterios taxonómicos o analíticos le permiten catalogarlos como elementos importados, bajomedievales. Si a lo anterior unimos la ausencia de dataciones cronométricas, el resultado es que volvemos a encontrarnos con otra opinión subjetiva, una especulación sin base científica que hará a sus excavadores (de León *et alii.*, 1990, 302) terminar por asegurar que los citados enterramientos correspondían a fechas posteriores a la conquista bethencouriana. De todo lo anterior lo único que parece realmente seguro acerca de los hallazgos producidos en las laderas de Guanapay es que, analizados en conjunto, parecen pertenecer a una amplia necrópolis inaugurada en la Protohistoria y reutilizada de forma prolongada a lo largo del tiempo.

En 1979 se localiza y excava el, por ahora, único yacimiento funerario de clara adscripción protohistórica conocido en Lanzarote. Se trata de la Cueva de la Montaña Mina (Fig. 3), una pequeña oquedad situada a media ladera de la montaña, en parte des-

truida por la escorrentía, en cuyo interior un pastor localizó un depósito funerario colectivo con los restos de un mínimo de doce individuos, asociados a un reducido ajuar.

Además de los anteriores, se han producido otros hallazgos puntuales de los que tenemos noticias tanto a través de la tradición oral como de otras fuentes poco precisas. Ese es el caso de la información oral recogida por J. de León y colaboradores (1990, 292-293 y 302) relativa al hallazgo durante los años 20' del pasado siglo de restos humanos en El Bebedero, y en los años 60' del mismo siglo en la Cueva del Majo de Tiagua, en la ermita del Socorro de Tiagua, en la Montaña de Tamía y en varios lugares de El Jable, sin que en ninguno de los casos se halla podido comprobar el grado de veracidad de la información recogida. Precisamente en El Jable, en el sitio denominado Fiquinineo, se sitúa uno de esos hallazgos, un esqueleto de grandes dimensiones, del que la tradición oral dio amplia cuenta hasta que fue recogida por Leandro Perdomo en sus *Crónicas Isleñas* (1978).

Los últimos datos que hemos podido recopilar acerca de la existencia de hallazgos funerarios se refieren a la presencia de sendas necrópolis en Maneje y Arrieta (Hoz, 1960, 59 y 96), y de dos campos de túmulos en las localidades de Famara y Las Nieves, yacimientos cuya existencia no ha podido ser corroborada por la Arqueología.



FIGURA 3. Localización de la cueva funeraria de la Montaña Mina (San Bartolomé, Lanzarote)

Bioantropología: ¿cómo eran y de qué enfermaban?

Le Canarien, crónicas francesas de la conquista bajomedieval, nos ofrece una idea, aunque bastante limitada, del aspecto físico que presentaban los pobladores protohistóricos de Lanzarote: “*Los hombres van desnudos, a parte una capa por detrás, [que cae] hasta las corvas, (...). Las mujeres son hermosas y andan vestidas decentemente con grandes túnicas de pieles que llegan hasta el suelo. (...) Las mujeres crían muchos hijos muy hermosos y graciosos y son blancos como los nuestros, pero se ponen tostados al viento, por falta de vestidos*” (*Le Canarien*, 1980 [1419], 70). Frente a la visión anterior, los estudios bioantropológicos desarrollados por M^a.D. Garralda (1985) sobre restos humanos correspondientes a 14 adultos procedentes de tres yacimientos de Lanzarote, le permiten asegurar que se trata de una población dolicoocránea de tipo mediterráneo norteafricano, correspondiente a nivel morfotipológico a las variedades mediterránea robusta y grácil norteafricanas, en algún caso con rasgos mechtoides atenuados. De acusada robustez reflejada en líneas de inserción muscular muy marcadas y elevada estatura, superior a la media de las poblaciones paleocanarias ($1'68 \pm 6$ cm. para los hombres y $1'60 \pm 6$ cm. para las mujeres). Según la citada investigadora presentan notables similitudes

con individuos procedentes de las necrópolis protohistóricas y púnicas de Argelia, aunque el aislamiento en un espacio reducido de las características del de Lanzarote actuó como mecanismo microevolutivo sobre su patrimonio genético generando pequeñas diferencias con respecto a la población norteafricana (*Op. cit.*, 1985, 451). Desde el punto de vista patológico en esa población destacan las afecciones dentarias, reflejadas en el mal estado de la dentición, abrasionada, con caries y huellas de enfermedades paradontales (un ejemplar escafocefalo presenta un gran acceso que pone al descubierto gran parte del seno maxilar). La artritis también afectó a estas poblaciones a tenor de las claras lesiones y/o deformaciones, a veces soldadas, en articulaciones témporo-mandibulares. Por tanto, tenemos una población en la que se ha señalado la presencia de craneoestenosis y de procesos artríticos, con una pésima dentición en la que es frecuente la pérdida de piezas en vida y una elevada abrasión.

A la información anterior se limitan la totalidad de los datos bioantropológicos con que contábamos hasta ahora. La revisión durante el año 2006 de los restos antropológicos depositados en diferentes instituciones de la isla de Lanzarote nos ha permitido ampliar los datos anteriores.

Material y método

Se ha estudiado un total de 55 individuos procedentes de cuatro sitios de la isla que por sus carac-

terísticas arqueológicas corresponden, desde la perspectiva cronológica, a la etapa comprendida entre los siglos VI y XIV d.n.e. (Atoche, e.p.). Se trata de la necrópolis de las laderas del Guanapay, la necrópolis de Tahiche y las cuevas funerarias de Montaña Mina y La Chifletera. El estado de conservación de los restos puede considerarse, en general, bueno. Aunque el tamaño de la muestra no es suficiente desde el punto de vista estadístico como para poder plantear una teoría general sobre la antropología biológica y la patología de la población esquelética de Lanzarote, sí nos permite llevar a cabo una aproximación a lo que pudieron ser.

Se ha realizado el estudio macroscópico para la determinación de la edad y el sexo, así como de las posibles patologías presentes en el tejido esquelético. Los casos en que se sospechó osteopenia se revisaron microscópicamente para determinar, *grasso modo*, la

existencia o no de Osteoporosis. Igualmente, se procedió a la determinación de la estatura, en aquellos casos en los que fue posible, por medio de la medición de los huesos largos (fémur, tibia y húmero, fundamentalmente).

Datos físicos y demográficos de la población

De la muestra analizada el 60% de los individuos identificados son varones. La estatura media de los restos observados es de 170 cm. para los varones y 160 cm. para mujeres. Se trata de unas mediciones casi idénticas a las observadas por F. García-Talavera en la población prehispanica de Tenerife (171 cm. para varones y 160 para mujeres), bastante superiores a las de la Gomera y El Hierro que se sitúan en 163 y 152 cm. respectivamente, y similares a la conocida para la cercana isla de Fuerteventura, en donde también se sitúa en torno a los 170 cm⁵.



FIGURA 4. Subadulto femenino. Necrópolis de Tahiche (Teguise, Lanzarote)

5 Los cronistas de la conquista bajomedieval (*Le Canarien*, 1980 [circa 1404]) destacaron la gran altura que tenían los habitantes de Fuerteventura, hasta el punto de calificarlos de gigantes. Así, J. de Abreu Galindo (1977 [1602], 60) afirma que "...en todas las islas no hay hombres de mayores estaturas que las de ésta ...". Ese dato será corroborado por I. Schwidetzky (1963, 121), quien analizó un buen número de huesos largos llegando a la conclusión de que "... tanto para hombres como para mujeres, ésta [la estatura] sube considerablemente sobre los valores medios de Gran Canaria." El individuo hallado en la Cueva de Villaverde ratifica ese dato al calcularse una estatura aproximada de 170 cm.

La robustez obtenida tanto por el análisis de las inserciones musculares como por los índices biométricos puede considerarse mediana para las mujeres y mediana-alta para los varones.

Desde el punto de vista demográfico, *Le Canarien* nos indica que hacia 1402, en el momento en que se inició la conquista normando-castellana, la isla se encontraba bien poblada, una situación demográfica que en esos años se hace crítica como consecuencia del conflicto armado. Los restos esqueléticos analizados nos muestran una esperanza de vida al nacimiento de 32,5 años, con una mortalidad bruta del 30 por mil. La mortalidad infantil era muy baja, aunque esto responde con toda seguridad a la escasa presencia de restos infantiles (Fig. 4), un hecho común al resto de las Islas Canarias (Rodríguez Martín, 2000a).

Marcadores y medidas de stress metabólico

Con la excepción de la presencia de un 14,5% de Hipoplasia del esmalte, localizada fundamentalmente en los dientes anteriores, no ha sido posible identificar otro marcador como podrían ser *Cribra Orbitalia* e *Hiperostosis Porótica* (la Osteoporosis, de la que hablaremos más adelante, la incluimos en el ámbito de las patologías). Como hemos señalado más arriba, la estatura es elevada para la población de su época y territorio al igual que la robustez.

Por lo anteriormente comentado podemos señalar que los individuos pertenecientes a la pequeña muestra analizada en este estudio se encontraban bien adaptados a su medio.

Patologías

A) Enfermedades metabólicas

La única patología de carácter metabólico observada en la muestra analizada fue la Osteopenia-Osteoporosis (unimos ambos términos por no haber realizado estudios densitométricos y radiográficos): un 30% aproximadamente de los individuos mostraban la entidad, siendo más frecuente en mujeres (casi la mitad de las mayores de 25 años mostraban algún indicio), datos que son muy similares a los del Tenerife protohistórico (Rodríguez Martín, 1995). No obstante, y como ya hemos señalado, el pequeño tamaño de la muestra no permite sacar conclusiones definitivas.

Otra patología metabólica, como el déficit de ácido ascórbico (Escorbuto infantil o adulto) o vitamina D (raquitismo u osteomalacia), no se ha detectado

como tampoco ha aparecido en los estudios realizados en otras islas del archipiélago (Bosch Millares, 1975; García García, 1984; Rodríguez Martín, 1995).

B) Enfermedades infecciosas, tumorales/pseudotumorales y malformaciones congénitas

Las enfermedades infecciosas son irrelevantes, hasta el momento, desde el punto de vista estadístico y epidemiológico en los estudios llevados a cabo por la mayoría de los investigadores de la población canaria anterior a la conquista normando-castellana. Solamente se han encontrado casos muy aislados de infecciones específicas, como la Tuberculosis, en las islas de Tenerife y El Hierro (García García, 1984; Rodríguez Martín, 1995), y algunos más de infecciones inespecíficas, tipo Osteomielitis o Periostitis, distribuidas por las distintas islas del archipiélago. Enfermedades tan frecuentes en otras latitudes como la Lepra y la Terponematosi estuvieron ausentes en la Protohistoria canaria (Rodríguez Martín, 1992). Lanzarote no es una excepción a tenor de la muestra estudiada, no presentando ni un solo caso de patología infecciosa específica o inespecífica.

Lo mismo podemos decir de los tumores y pseudotumores que son muy escasos en Canarias y están ausentes de la muestra que estudiamos para la isla de Lanzarote.

Lo que sí llama poderosamente la atención es la total ausencia de malformaciones y anomalías congénitas, especialmente aquellas de la columna vertebral (Espina Bífida y vértebras de transición a nivel lumbosacro) tan frecuentes en el resto de las islas canarias y que podrían responder a endogamia. Esta ausencia en la muestra de Lanzarote podría responder, a nuestro entender, al reducido número de individuos analizados.

Traumatismos

Uno de los datos que más llama la atención en este estudio de la población esquelética de Lanzarote es la ausencia total de traumatismos accidentales o por violencia. Los traumatismos constituyen una de las entidades patológicas más frecuentes en las Canarias protohistóricas, especialmente en Tenerife donde existen lugares arqueológicos en los que el 20% de su población presenta algún tipo de traumatismo craneal, facial o craneofacial de tipo violento, lo que da idea de que la "guerra", la "batalla" o simplemente las pequeñas escaramuzas o encuentros violentos fueron una constante en la vida de aquella gente (Rodríguez Mar-

tín, 1991, 1997; Rodríguez Martín *et al.*, 1991). Este es un hecho muy llamativo ya que, aunque el tamaño de la serie estudiada es pequeño, resulta suficiente para que existiera algún caso si su frecuencia fuera similar a la de otras islas del archipiélago.

Del mismo modo, se puede afirmar la ausencia absoluta de microtraumatismos causantes de Osteocondritis Disecante, entidad asimismo muy frecuente en el archipiélago (Rodríguez Martín, 2000b).

Enfermedades articulares

La más frecuente de todas las enfermedades observadas hasta el momento en cualquiera de las Islas Canarias es, sin duda, la enfermedad articular degenerativa, Artrosis u Osteoartritis (Rodríguez Martín, 1989). Lanzarote no constituye una excepción a esa constante y así el 40% de los adultos, sin que exista diferencia por sexo, presenta algún grado de la misma (tanto en frecuencia como en localización) de modo mono, pauci o poliarticular. Las articulaciones más afectadas son el hombro y el codo, siendo bastante más rara en las articulaciones de las extremidades inferiores. Ello podría ser indicativo de un mayor uso de los miembros superiores en labores de tipo agrícola, pesquero o reco-

lector. Este dato se ve refrendado también porque la mitad de los individuos, asimismo sin diferencia por sexo, presenta Espondilosis (enfermedad degenerativa de la columna a nivel de los cuerpos vertebrales) (Fig. 5) y de ellos, la mitad (25% de la muestra) presenta Nódulos de Schmorl (hernias intraesponjosas).

Creencias y rituales funerarios

Intentar reconstruir el mundo de las creencias, el tipo y carácter de los ritos o el significado de las manifestaciones simbólicas de una cultura protohistórica desaparecida hace más de seiscientos años resulta extremadamente complejo ya que no todas esas actividades dejaron un reflejo material de su pasada existencia. A la dificultad anterior hay que sumar la que representa el hecho de que la investigación que se ha ocupado del tema haya seguido con demasiada frecuencia al pie de la letra las informaciones proporcionadas por las fuentes etnohistóricas sin entrar a analizarlas en profundidad. Pero además, los intentos realizados para localizar en el cercano continente africano las fuentes originales del sistema religioso pale-

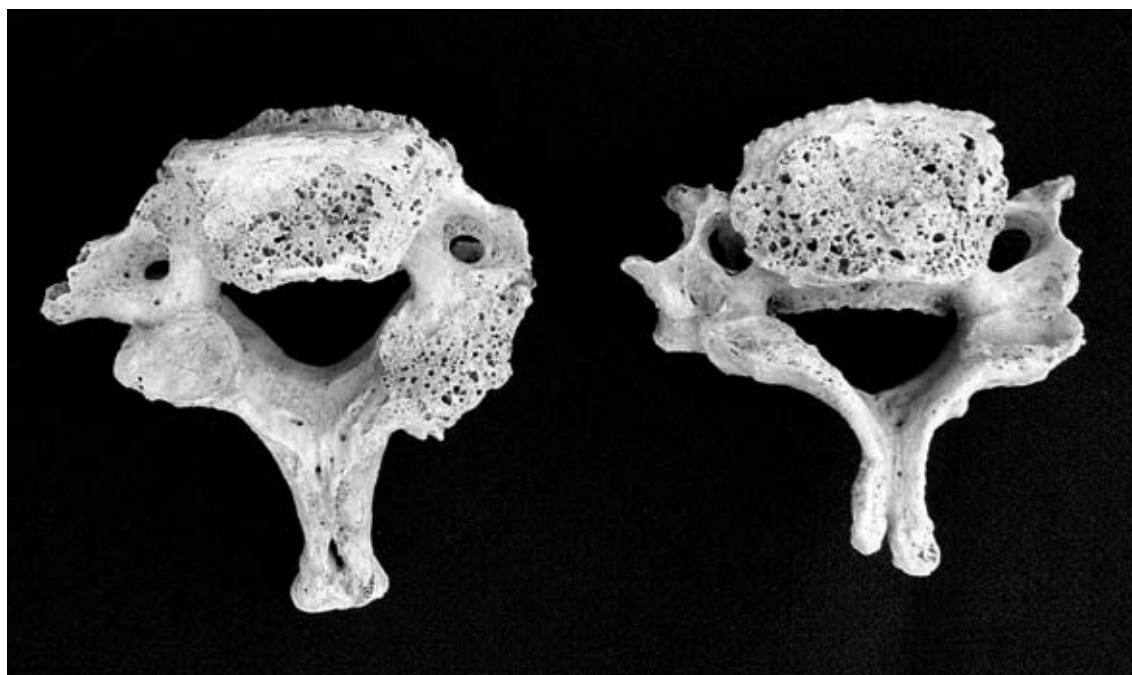


FIGURA 5. Espondilosis. Cueva de Montaña Mina (San Bartolomé, Lanzarote)

o canario han obviado las creencias y los rituales mediterráneos que recalaron en el Norte de África como consecuencia de más de un milenio de mestizaje libiofenicio, concentrándose en cambio en la civilización bereber actual, una cultura que no sólo se encuentra alejada de las culturas insulares casi dos milenios sino que se halla fuertemente influida por el Islam. Así no es extraño que se haya defendido la existencia de un supuesto monoteísmo entre los pobladores protohistóricos de Lanzarote o que sólo en algún caso aislado se haya intentado dotar de significado las manifestaciones materiales de la religión de los *mabos* más allá de calificar de “ídolos” a todo lo que no responda a una funcionalidad evidente.

De todo lo anterior se deriva que para acercarnos al universo de las creencias (Teogonía) y la vida tras la muerte (Escatología) volvemos a contar sólo con dos fuentes de información, las fuentes etnohistóricas y la Arqueología, las cuales proporcionan dos tipos diferentes de datos: los relativos a las ideas o prácticas las primeras y al conjunto de artefactos relacionados con esas ideas y prácticas la segunda.

La religión

En relación con la Teogonía del Lanzarote Protohistórico Fr. J. de Abreu Galindo (1977, 57) asegura que los *maboreros* adoraban a un Dios “*elevando las manos al cielo*”, aunque no aclara si se trata de un culto monoteísta. L. Torriani (1978, 41) al tiempo que describe el culto que ofrecían a un ídolo antropomorfo no descarta que entre los lanzaroteños existieran “... *otras clases de idolatría*”. Más extensa es la información que nos proporciona Gómez Escudero: “*Parece que por lo que los Maxoreros i Canarios creían, admitían la inmortalidad del alma, que no sabían luego explicar: (...) I dicen que llamaban a los Majos [o Magos] que eran los espíritus de los antepasados que andaban por los mares y venían allí a darles aviso cuando los llamaban, i éstos i todos los isleños llamaban encantados, i dicen que los veían en forma de muuecitas a las orillas de el mar; los días maiores de el año, i veíanlos a la madrugada el día de*

el maior apartamento de el sol en el signo de Cáncer; que a nosotros corresponde el día de san Juan Bautista” (Morales Padrón, 1978, 439)⁶. Como se puede observar, el texto nos asegura la existencia de creencias relacionadas con la vida tras la muerte y con la existencia del concepto de alma. Poseían además un conocimiento del ciclo de las estaciones y posiblemente de los astros, todo ello vinculado al ciclo agrícola.

Precisamente las fuentes etnohistóricas llevan a G. Chil y Naranjo (1876, 427 y 428) a llamar la atención acerca de la sencillez de las creencias que poseían los *mabos*, para lo que se apoya en un clásico texto de Fr. J. de Abreu Galindo⁷. También destaca el hecho de que ningún investigador hubiera señalado que las poblaciones paleoceanarias adorasen a ídolos, ni que rindieran culto a los elementos de la naturaleza o que tuviesen pitonisas o brujas: “... *ni nada que pudiera extravíarlos de las sencillas é inocentes creencias, reducidas á un puro deísmo. Es verdad que tenían un sacerdocio, pero se ignora el fin teológico que los guiase. La idea de Dios, sin mezcla alguna de superstición; la creencia en la inmortalidad del alma, en una vida futura, donde después de la muerte iban á gozar placeres eternos; tal era la religión de aquel pueblo sencillo...*” (1876, 428). Una religión que poseía santuarios, a los que el citado investigador describe apoyándose de nuevo en Fr. J. de Abreu Galindo: “*Tenían casas particulares donde se congregaban y hacían sus devociones, que llamaban ‘efequenes’, las cuales eran redondas y de dos paredes de piedra, y entre pared y pared, hueco. Tenían entrada por donde se servía aquella concavidad. Eran muy fuertes, y las entradas pequeñas. Allí ofrecían leche y manteca, no pagaban diezmo, ni sabían qué cosa era*”. Asegura que “*Tanto los templos ó adoratorios como las habitaciones particulares se encontraban algo enterradas, por lo que los historiadores de la conquista las llamaron ‘casas bondas’*” (Op. cit., 428).

Frente a la información etnográfica anterior, la Arqueología ha evidenciado la presencia de numerosas manifestaciones materiales reflejo de la superestructura ideológica de las culturas canarias que a su vez

6 De ser esto un recuerdo de las visitas periódicas que realizaban las naves romanas cada año a la isla y un hecho cotidiano, anual, se convierte tras el periodo de abandono del siglo IV d.n.e., en un rito destinado a intentar el retorno de los que se fueron. Esta es una tradición que debe estar relacionada con las leyendas de Tibiabin y Tamonante, lo que de poder comprobarse resultaría curioso que estas poblaciones insulares vincularan a sus antepasados al Océano “*andando por los mares*”.

7 “*Adoraban á un Dios levantando las manos al cielo, hacían sacrificios en las montañas derramando leche de cabras con vasos que llaman gánigos, bechos de barro*”.

constituyen asimilaciones de la cultura fenicio-púnica norteafricana, hecho que nos permite una aproximación más ponderada a la cuestión religiosa. Así, las poblaciones protohistóricas de Lanzarote emplearon dos sistemas de escritura, en un caso sustentado en una lengua semítica, púnica, y que correspondería a la norteafricana escritura libio-fenicia (López Castro, 1992, 54), utilizada en las islas para expresar teóforos o teónimos propios de la cultura fenicia. A nivel de los ritos que practicaron hallamos divinidades fenicias, dioses y amuletos egipcios o ritos de ascendencia semítica que muestran con nitidez que rindieron culto a deidades de origen mediterráneo-oriental que componían un panteón multicultural que se manifestaba a través de una estructura religiosa marcadamente politeísta, con un panteón en el que conviven cultos a deidades entre las que R. Muñoz (1994, 36-42) encontró citadas en inscripciones bilingües de grafía libio-fenicia y líbico-bereber a divinidades como *Amón*, *Us*, *Yabweh* o *Iuppiter*, todas las cuales formaron parte del panteón fenicio-púnico y reflejan un hecho común entre los paleobereberes en contacto con la cultura fenicio-púnica del I milenio a.n.e.

En Zonzamas, a los pies de una voluminosa estela con una figuración grabada de probable vinculación solar se localizó, a modo de altar, una reproducción escultórica zoomorfa en la que se ha visto un carnero (Balbín *et alii.*, 1987, 30-31), un animal representativo en el mundo púnico (Moscati, 1983, 144; Fernández, 1992, 57). Tanto el carnero como el toro fueron animales asociados a *Baal Hammón* (Dubal y Larrey, 1995, 12-13)⁸, una deidad que, junto a *Tanit*, recibió culto entre los numidas (Camps, 1980, 154)⁹. *Baal Hammón* ocupó una posición preeminente en el panteón de la “... *gen-*

ti indigene punicizzate ...”, los púnico-bereberes de Cartago, El Hofra y otros muchos lugares de Túnez y Argelia (Xella, 1994, 178 y 185). Al *Baal Hammón* magrebí, a semejanza del *Amón* egipcio, se le relaciona con símbolos solares, una circunstancia que hallamos de nuevo presente en Lanzarote, en el sitio de Zonzamas, donde se produce la asociación entre la representación del carnero y la estela solar¹⁰, haciendo pensar en la existencia de un santuario dedicado a *Amón/Baal Hammón* o a una deidad de similares características, posibilidad que hay que relacionar con la epigrafía *'dmmn* localizada en la cercana Fuerteventura y traducida como “*bata adon Amon*” (este es el dios Amón) por R. Muñoz (1994, 38)¹¹. Junto a las anteriores son frecuentes las figuraciones de *Tanit*, diosa que aparece bajo varias de las formas en que solía evocarse en el Norte de África (mano abierta en señal de bendición o el signo antropomorfo grabado o esculpido a modo de estela) (Atoche & Ramírez, 2001). Junto a las anteriores se encuentran otras divinidades mediterráneas de gran aceptación en Cartago, como la diosa egipcia *Tueris* (Balbín *et alii.*, 1995), o los amuletos de calcedonia que reproducen escaraboides egipcios o pseudo-egipcios (Atoche *et alii.*, 1999), un elemento apotropaico muy frecuente en los ambientes fenicios del Mediterráneo, por donde los extendió precisamente la actividad comercial fenicio-púnica.

A las divinidades anteriores se les dedicaron ritos propiciatorios destinados a obtener su protección, utilizando para ello una liturgia en la que se hallan notables semejanzas con respecto a las formas rituales semitas, tanto en lo referido a los lugares de celebración¹² como a los ritos puestos en práctica¹³.

8 El cordero fue ampliamente utilizado en los ambientes púnicos como animal de sacrificio, hasta el punto de protagonizar un ritual propio: el *molcbomor* o *molk* del cordero.

9 En la Península Ibérica el culto a *Tanit* se desarrolla durante el periodo púnico, entre los siglos VI y III a.n.e., coincidiendo con cambios en el ritual funerario propio de los siglos VIII-VII a.n.e. (Aubert, 1986).

10 Sol y Luna, elementos asociados a la esencia inmortal de lo divino entre los semitas y tradicionalmente adorados en el mundo bereber, parecen haber formado parte de ese sincretismo religioso que defendemos para el Archipiélago Canario.

11 C.G. Wagner (1995) asegura que la presencia de elementos egipcios en Occidente no parece haber introducido en las formaciones sociales indígenas cambios culturales significativos en lo que se refiere a transformaciones en ideas y creencias o en el ámbito de la estructura social y sus relaciones. En su opinión los cambios incidirían en la reinterpretación de esas innovaciones, que adquirirían así un sentido acorde con las costumbres propias de la tradición occidental.

12 *Almogarenas* o *efequenas*, espacios al aire libre con canales y cazoletas, situados en lugares prominentes, en muchos casos de marcada y muy posiblemente buscada coloración rojiza.

13 Con posterioridad a la conquista normando-castellana alguna fuente etnohistórica describió ese ritual de la siguiente manera: “*Adoraban a un Dios, levantando las manos al cielo. Hacíanle sacrificios en las montañas, derramando leche de cabras con vasos que llamaban gánigos, bechos de barro*” (Abreu Galindo, 1977 [c. 1602], 57).

El ritual funerario

La complejidad multicultural que dio origen a las creencias religiosas de la población paleoconaria también actuó a nivel de las prácticas funerarias. En las canarias protohistóricas, salvo alguna excepción (p.e. las necrópolis tumulares de Gran Canaria o la Cueva de Los Guanches en Tenerife) no se acostumbraba a enterrar a los difuntos en fosas directamente en contacto con la tierra. El ritual más extendido, a semejanza del implantado en el Norte de África por los colonizadores fenicios (Lancel, 1994, 61), utilizaba como recinto funerario cuevas naturales, hipogeos o grietas tapiadas con muros de piedra seca, lugares donde los cadáveres se depositaban en posición decúbito supino sobre pieles u otras materias (tablones o troncos de madera, cortezas de drago u otros vegetales, escorias volcánicas, enlosados de piedra, tierras de diferente naturaleza a la del suelo de la cueva,...), individualmente o de forma colectiva, sin una orientación fija, en nichos o repisas ocasionalmente talladas artificialmente o delimitando con piedras el entorno del cadáver. Una costumbre que, para el caso de Lanzarote, parece coincidir con la información proporcionada por las fuentes etnohistóricas y la Arqueología. Las primeras, a través de Fr. J. de Abreu Galindo y L. Torriani, quienes coinciden en señalar que al morir los *mabos* eran enterrados en cuevas, sobre un lecho de pieles de cabra, al tiempo que eran cubiertos de la misma manera. Desconocemos si esto implica la práctica de algún tipo de *mirlado* o momificación, como ocurre en otras islas del archipiélago, una cuestión que no descartamos como tampoco podemos obviar la utilización de los sudarios de que nos hablan los cronistas¹⁴, cuestiones que sólo la Arqueología nos podrá desvelar en el futuro.

Si nos fijamos en el ritual funerario atestiguado por la Arqueología en el Lanzarote protohistórico, los primeros datos los recolectó R. Verneau tras su visita a la isla a finales del S. XIX, referidos a un enterramiento situado en la zona del barranco de Rubicón, que el citado investigador excava localizando "... tres esqueletos, enterrados uno junto al otro", sin ajuar, lo que le hizo pensar que se trataba de individuos pertenecientes a la hueste normanda, volviendo a enterrarlos. Algo más al sur, en la Playa de los Pozos, un pastor le

señaló el sitio en que se encontraba un supuesto enterramiento aborigen el cual sólo aportó algunos huesos en mal estado (Verneau, 1987, 137). De esos hallazgos no poseemos más datos lo que hace muy complejo establecer su filiación crono-cultural. R. Verneau también cita la presencia de enterramientos tumulares en Guatiza, de los que no se tiene constancia arqueológica (1987, 121); una circunstancia que también se repite con los túmulos de Famara, cuya existencia fue descartada por M^a.C. del Arco en 1971 (1976, 103). En definitiva, la existencia de túmulos funerarios en Lanzarote no se ha comprobado.

Los hermanos Serra Ráfols excavan en 1959 Rubicón (Serra, 1960), localizando a 20 m. de la cruz una fosa con 30 cm. de profundidad que contenía un cadáver en posición decúbito supino, orientado del N.E. al S.W. cubierto por una ligera capa de tierra. Más al S.W. encontraron un segundo cadáver, con el cráneo parcialmente aplastado. En esta ocasión de nuevo la falta de ajuar hace que se les clasifique como coetáneos o posteriores a la conquista bethencouriana y vinculados a la primitiva iglesia. En la misma zona del sur de la isla se halla otro enterramiento, el de la Cueva de la Chifletera (Yaiza), donde se localizó un varón de entre 40 y 50 años, cuyo cadáver se depositó en un tubo volcánico, acompañado de un ajuar constituido por madera carbonizada, un recipiente cerámico y numerosas conchas; además sobre la caja torácica se halló el esternón de un niño de 14 años (Arco, 1976, 77). Hasta el presente se ha considerado un enterramiento aborigen.

En 1976 se dieron a conocer los iniciales hallazgos de enterramientos en las laderas del Volcán de Guanapay, en Tegüise. Las primeras noticias las recoge M^a.C. del Arco (1976) acerca de la existencia de un enterramiento colectivo en cueva, sin precisar la localización. Incorporaba 4 inhumaciones, con cabezal de piedra y ajuar constituido por fragmentos cerámicos decorados, patellas y "... una guija grande fragmentada" (1976, 78). El cuadro representado por la noticia anterior lo completa en 1979 el entonces guarda arqueológico J. Brito, quien registra un nuevo hallazgo funerario en la zona denominada Los Roferos del Castillo. Se trataba de un enterramiento individual en decúbito supino, de nuevo con el cráneo apoyado en una piedra y

¹⁴ Los difuntos se dirigían a la otra vida vistiendo prendas similares a las que utilizaron en vida, siendo además envueltos en un sudario cosido en sentido longitudinal al eje del cuerpo elaborado hasta con 17 capas de piel de ovicaprinos (como ocurre p.e. en Gran Canaria), ocasionalmente teñido de rojo.

acompañado por un escaso ajuar. En ese sitio P. Hernández y colaboradores (1987) señalan la presencia de otros restos humanos, hoy en paradero desconocido, junto a los cuales se recogió un ajuar constituido por trabas para el pelo, alfileres y un peine de oro. Los precedentes anteriores motivan que en 1983 se pusiera en marcha la excavación de dos zonas, una cercana a la anterior denominada Los Divisos, la cual proporcionó una estratigrafía constituida por 5 niveles, algunos muy revueltos, los cuales aportaron varios fragmentos óseos, 7 punzones de hueso, lascas de basalto, calcita, caliza y almagre, fragmentos cerámicos, patellas y diferentes restos de peces y moluscos marinos. En ese lugar se localizó un primer enterramiento infantil, al que siguió un segundo, ambos contextualizados en un nivel con abundantes elementos arqueológicos aborígenes al que las fosas cortaron. Junto a lo anterior se localizaron otros restos de cráneos que hicieron pensar a sus excavadores que se hallaban en una necrópolis.

En Los Roferos del Castillo, en la ladera norte del Guanapay, hallaron un cadáver completo de adolescente (10-15 años) acompañado por cerámicas, elementos líticos y malacológicos, todo muy fragmentado y disperso, lo que hace dudar de que se trate de un auténtico ajuar. El cadáver presentaba las manos unidas sobre la pelvis y los pies superpuestos. Bajo el cráneo se encontró una piedra a modo de cabezal, y a la altura de las vértebras cervicales se recogió un aro de plata, un fragmento de hilo metálico y una cuenta de pasta vítrea semejante a las encontradas en la Cueva de los Verdes, creyéndose que ese enterramiento formaba parte de la necrópolis de Los Divisos o de otra diferente contemporánea al proceso de contacto con los navegantes europeos bajomedievales o incluso posterior (Hernández *et alii.*, 1987, 223-294). La falta de datos tales como dataciones C14 o análisis metalográficos,...., hacen compleja cualquier adscripción cultural, si bien su inmersión en un estrato aborigen permite pensar en su adscripción post-conquista.

Por tanto, será la necrópolis de la Cueva de Montaña Mina (S. Bartolomé) la que proporcione la mejor referencia de un ritual funerario aborigen. Se trata de una inhumación colectiva en cueva organizada en dos áreas, una inferior y otra superior. En la primera los huesos se hallaron casi completamente revueltos, mientras que en la segunda se registró la presencia de 7 cráneos y diversos huesos largos acompañados. En la zona inferior se registró un ajuar

integrado por dos recipientes cerámicos, dos fragmentos cerámicos de borde, un punzón de hueso, una cuenta de collar cilíndrica elaborada sobre roca y varias conchas de moluscos marinos perforadas a modo de colgantes. Sus excavadores piensan que se trataba de un lugar funerario reutilizado a lo largo del tiempo, lo que habría obligado a retirar hacia atrás los restos de los difuntos previamente depositados para hacer sitio a los nuevos. Esto explicaría la extraña disposición de los cadáveres, con los cráneos almacenados en una repisa a media altura y los esqueletos postcraneales amontonados en el suelo de la oquedad.

En la isla se ha apuntado también con cierta frecuencia la presencia de estructuras funerarias tumulares, sin embargo esa es una idea a la que han sido contrarios diversos investigadores, como es el caso de L. Diego Cuscoy (1963, 26), para quien “*No hay referencias precisas sobre la existencia de túmulos funerarios en Lanzarote y Fuerteventura, ...*”, además de la propia Arqueología, la cual no ha podido demostrar su existencia.

Discusión: ¿cuál es la razón de la falta de evidencias antropológicas en Lanzarote?

Aunque hemos rastreado la forma y el momento en que se han producido la mayor parte de los hallazgos antropológicos producidos en Lanzarote, nuestro trabajo y los resultados finales se han visto muy limitados por los insuficientes registros recuperados y los deficientes procedimientos metodológicos empleados para hacerlo. En consecuencia, no es posible establecer filiaciones cronológicas fiables, no sólo porque no se han efectuado sobre esos restos o sus contextos ningún tipo de análisis cronométrico sino también porque los escasos ajuares tampoco aclaran mucho en ese sentido. La imagen resultante nos plantea hasta qué punto esa falta de especímenes y el consiguiente desconocimiento que produce no se debe a un problema estructural motivado por el tipo de Arqueología que se ha practicado y los esquemas teóricos y procedimientos de actuación puestos en práctica, basados en modelos preconcebidos que no han permitido vislumbrar una realidad que no fuera distinta a la que se suponía y que han reflejado continuamente las fuentes etnohistóricas.

Las razones que se pueden argumentar para explicar la falta de registros antropológicos en Lanzarote son diversas; quizás la más evidente sería que constituye un tipo de vestigio que no ha generado el suficiente interés por parte de la comunidad científica y, por tanto, no se han buscado. Otra razón podría radicar en un hecho cultural, en la existencia de algún tipo de ritual entre los primeros pobladores que implicase la destrucción del cadáver a través de, por ejemplo, la incineración. Esta última no parece una explicación muy aventurada si tenemos en cuenta que en *Le Canarien* se recoge al menos un caso de incineración; se trata de la venganza de Guadarfía contra el traidor Afche, a quien manda lapidar y quemar (*Le Canarien*, 1980 [1419], 35). Quizás en ese caso estemos sólo ante un hecho puntual que se produce como respuesta a un delito grave, pero lo cierto es que a Afche se le incinera una vez muerto y no en vida. También es verdad que de haberse producido una práctica continuada de la incineración ésta no parece que estuviera muy acorde con las limitadas disponibilidades de combustible que proveería la isla; en ese sentido no debemos olvidar que *Le Canarien* (1980 [1419], 66) asegura que “*No hay ningún árbol, sino pequeños matorrales para quemar, salvo una clase de leña que se llaman bigüieres, de las cuales todo el país está lleno, de un extremo a otro...*”. Por otro lado, también sabemos que el definitivo impulso colonizador de la isla lo produjeron gentes romanas o romanizadas (Atoche *et alii.*, 1985; Atoche, 2002) en torno al cambio de Era, las cuales mantuvieron una relación continuada con la isla durante cerca de cuatro siglos, periodo de tiempo durante el cual determinadas costumbres romanas pudieron pasar a la isla, entre las cuales no sería extraña la práctica de la incineración que, como sabemos, constituyó el ritual funerario habitual en el ámbito cultural romano de la época.

Finalmente, conocemos un último ritual funerario puesto en práctica por las poblaciones paleo-canarias de Lanzarote, aplicado al menos a los enemigos normandos que mataban. Se trata de un sencillo rito consistente en cubrir los cuerpos con tierra, tal y como recoge *Le Canarien* (1980 [1419], 34): “[Gadifer] (...) guardó al rey y a otro llamado Mahy, a los cuales hizo encadenar por el pescuezo y los llevó derechamente al lugar donde sus hombres habían sido muertos, y los encontró cubiertos de tierra”. Como se ve se trata de una forma de enterramiento que llevaba implícita el contacto directo

del cuerpo con la tierra, una circunstancia de la que, como hemos visto más arriba, rehuían las poblaciones paleo-canarias a la hora de enterrar a sus difuntos, de ahí que su empleo con los enemigos normandos quizás contenga más un intento de humillación que una práctica común.

Conclusiones

En la recuperación de las evidencias antropológicas protohistóricas de la isla de Lanzarote no se ha recurrido con demasiada frecuencia a la Arqueología, y cuando se ha hecho no siempre se ha conseguido extraer la totalidad de la información que pudieran contener los registros materiales, como muestra el hecho de que en ningún caso se hayan efectuado dataciones isotópicas que permitan una adecuada caracterización cronológica de los restos antropológicos recuperados. No es extraño pues que el estudio que hemos efectuado adolezca de algunas deficiencias en el plano de la adscripción cronológica y cultural que esperamos que futuros trabajos realizados con rigor metodológico podrán subsanar. No obstante lo anterior, son muchos y notables los datos que podemos manejar en la actualidad. Así, por ejemplo, en el plano de las creencias resulta evidente que los mahos de Lanzarote rindieron culto a deidades de origen africano, en concreto de la Libia oriental, reflejo de lo que debió ser común entre los paleobereberes en contacto con la cultura de los centros urbanos fenicio-púnicos del I milenio a.n.e. Unas creencias inmersas en una estructura religiosa politeísta dominada por un dios principal al que se dedicaba un culto preferente.

En cuanto a la escatología, en la Lanzarote protohistórica se practicaron varios rituales sustentados en creencias en la supervivencia tras la muerte similares a las que se han descrito para la cultura fenicio-púnica. Unas creencias que suponían que el difunto mantenía las mismas necesidades que en vida, de ahí que estuvieran acompañados por objetos de uso cotidiano, en general caracterizados por su reducida calidad y escaso número, aspectos que no permiten un acercamiento a cuestiones relacionadas con el posible status social de los difuntos.

Finalmente, desde la perspectiva bioantropológica, la población protohistórica de Lanzarote podemos caracterizarla por:

1. Presentar unos patrones demográficos y osteométricos similares a los de Tenerife sin que por ello haya existido similitud entre su medio ambiente y el estilo de vida de sus respectivas poblaciones.
2. La frecuencia de los marcadores de stress metabólico es baja y sólo se ha podido detectar la hipoplasia del esmalte.
3. Las enfermedades más frecuentemente observadas en la muestra estudiada son la enfermedad articular degenerativa, tanto en los miembros -especialmente los superiores- como en la columna vertebral, y la Osteopenia-Osteoporosis.
4. Las infecciones y los tumores/pseudotumores están ausentes de la muestra, al igual que las malformaciones congénitas.
5. La ausencia de traumatismos de tipo accidental o por violencia intraespecífica, tan común en las otras islas del Archipiélago Canario, también nos llama poderosamente la atención.

Agradecimientos

Este trabajo se inscribe dentro de los estudios que estamos realizando en el marco del proyecto PI042004/130, “*Efectos de la colonización insular: Transformaciones culturales y medioambientales en la Protohistoria de Lanzarote*”, financiado por la Consejería de Educación, Cultura y Deportes, Dirección General de Universidades e Investigación del Gobierno de Canarias.

Bibliografía

- ABREU, FR. J. DE, 1977 [1602]. *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones.
- ANÓNIMO, 1969. Crónica arqueológica y de historia del arte. *Revista de Historia Canaria*, 157-164, 303-304. La Laguna.
- ARCO, M^a.C. del, 1976. El enterramiento canario prehistórico. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 22, 13-124.
- ARIAS MARÍN DE CUBAS, T., 1986 [circa 1694]. *Historia de las siete Islas de Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria: Real Sociedad Económica de Amigos del País.
- ATOCHÉ, P., 1992-93. El poblamiento prehistórico de Lanzarote. Aproximación a un modelo insular de ocupación del territorio. *Tabona VIII* (I), 77-92.
- ATOCHÉ, P., J.A. PAZ, M^a.A. RAMÍREZ y M^a.E. ORTIZ, 1995. *Evidencias arqueológicas del mundo romano en Lanzarote (Islas Canarias)*. Arrecife: Cabildo Insular. Col. Rubicón, 3.
- ATOCHÉ, P., J. MARTÍN y M^a.A. RAMÍREZ, 1997. Elementos fenicio-púnicos en la religión de los mahos. Estudio de una placa procedente de Zonzamas (Teguise, Lanzarote). *Eres (Arqueología)*, 7, 7-38.
- ATOCHÉ, P., J. MARTÍN y M^a.A. RAMÍREZ, 1999. Amuletos de ascendencia fenicio-púnica entre los mahos de Lanzarote: ensayo de interpretación de una realidad conocida. *VIII Jornadas de Estudio sobre Lanzarote y Fuerteventura* (Arrecife, 1997), t. II, 421-458.
- ATOCHÉ, P., J. MARTÍN, M^a.A. RAMÍREZ, R. GONZÁLEZ, M^a.C. DEL ARCO, A. SANTANA y C. MENDIETA, 1999. Pozos con cámara de factura antigua en Rubicón (Lanzarote). *VIII Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*, (Arrecife, 1997), t. II, 365-419.
- ATOCHÉ, P. y M^a.A. RAMÍREZ, 2001. Canarias en la etapa anterior a la conquista bajomedieval (circa s. VI a.C. al s. XV d.C.): colonización y manifestaciones culturales. En: *Arte en Canarias: siglos XV-XIX. Una mirada retrospectiva*. Madrid: Gobierno de Canarias. Dirección General de Cultura, t. I, 43-95 y t. II, 475-479.
- ATOCHÉ, P., 2002. La colonización del Archipiélago Canario: ¿Un proceso mediterráneo?. *World Islands in Prehistory. International Insular Investigations. V Deià International Conference of Prehistory*. B.A.R. International Series 1095, 337-354. Oxford.

- ATOCHÉ, P., 2003. Fenómenos de intensificación económica y degradación medioambiental en la Protohistoria canaria. *Zephyrus*, LVI, 183-206. Salamanca.
- ATOCHÉ, P. (en prensa). Las culturas protohistóricas canarias en el contexto del desarrollo cultural mediterráneo. Propuesta de fasificación. *Fenicios, púnicos y el Atlántico. VI Coloquio del CEFYP* (Santa Cruz de Tenerife, 2004).
- ATOCHÉ, P. y M^a. A. RAMÍREZ, (en prensa). Manifestaciones de la religiosidad mediterránea en la Protohistoria canaria (circa s. X a.n.e. al s. XV d.n.e.). *Gerión*.
- BALBÍN, R., M. FERNÁNDEZ-MIRANDA y A. TEJERA, 1987. Lanzarote prehispánico. Notas para su estudio. *XVIII Congreso Nacional de Arqueología* (Las Palmas de Gran Canaria-Santa Cruz de Tenerife, 1985), 19-53. Zaragoza.
- BALBÍN, R., P. BUENO, R. GONZÁLEZ y M^a. C. DEL ARCO, 1995. Datos sobre la colonización púnica de las Islas Canarias. *Eres (Arqueología)*, 6 (1), 7-28.
- BETANCORT, L., 1927. Primera invasión de berberiscos en Tegui. *Revista de Historia Canaria*, II, 205-206. La Laguna.
- BOSCH MILLARES, J., 1975. *Paleopatología ósea de los primitivos pobladores de Canarias*. Las Palmas: Cabildo Insular de Gran Canaria.
- CABRERA, J.C., 1990. Organización social de los aborígenes lanzaroteños. *II Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura* (Arrecife, 1985), t. II, 321-328.
- CAMPS, G., 1980. *Berbères aux marges de l'Histoire*. Paris: Éditions des Hespérides.
- CIONARESCU, A., 1980 [circa 1419]. *Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular de Tenerife. Aula de Cultura de Tenerife.
- CHIL y NARANJO, G., 1876. *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*. T. I, 403-434. Las Palmas de Gran Canaria.
- DIEGO CUSCOY, L., 1963. *Paletología de las Islas Canarias*. Publicaciones del Museo Arqueológico, 3. Santa Cruz de Tenerife.
- DUBAL, L. y M. LARREY, 1995. *L'énigme des stèles de la Carthage africaine. Tanit plurielle*. Paris: Ed. L'Harmattan.
- FERNÁNDEZ, J.H., 1992. *Excavaciones en la necrópolis de Puig des Molins (Eivissa). Las campañas de D. Carlos Román Ferrer: 1921-1929*. Tomos I, II y III. Consellería de Cultura, Educació i Esports. Govern Balear.
- GARCÍA GARCÍA, C., 1984. *Morfopaleopatología ósea del aborígen canario. Estudio en huesos fémures*. La Laguna: Universidad de La Laguna, Tesis Doctoral (inérita).
- GARCÍA-TALAVERA, F., 1995. La estatura de los guanches. *Actas del I Congreso Internacional de Estudios sobre Momias*, vol. I, 177-186. Santa Cruz de Tenerife: Museo Arqueológico y Etnográfico de Tenerife, OAMC-Cabildo de Tenerife.
- GARRALDA, M^a.D., 1985. Algunas notas sobre la población prehispánica de Lanzarote (Islas Canarias). *Actas del IV Congreso Español de Antropología Biológica*, 445-452. Barcelona.
- HERNÁNDEZ, J., *et alii.*, 1987. Arqueología de la Villa de Tegui. *I Jornadas de Historia de Fuerteventura y Lanzarote*, (Puerto del Rosario, 1984), t. II, 223-294.
- HOZ, A. DE LA, 1960. *Lanzarote*. Madrid: Ed. Anro.
- LANCEL, S., 1994. *Cartago*. Barcelona: Ed. Crítica.
- LEÓN, J. de, *et alii.*, 1990. Aspectos arqueológicos y etnográficos de la comarca del Jable. *II Jornadas de Lanzarote y Fuerteventura*, (Arrecife, 1985), t. II, 283-319. Arrecife.
- LÓPEZ CASTRO, J.L., 1992. Los libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el sur de la Península Ibérica. *Rivista di Studi Fenici*, XX (1), 47-65. Roma.
- MORALES PADRÓN, F., 1978. *Canarias: crónicas de su conquista*. Sevilla: Ayuntamiento de Las Palmas. El Museo Canario.
- MOSCATI, S., 1983. *Cartagineses*. Madrid: Ed. Encuentro.
- MUÑOZ, R., 1994. *La Piedra Zanata y el mundo mágico de los guanches*. Museo Arqueológico de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife: OAMC. Cabildo Insular de Tenerife.

- PERDOMO, L., 1978. La tumba guanche y el santón moro. En: *Crónicas Isleñas (1976-1977)*, 35-37. Madrid: Cabildo Insular de Lanzarote.
- MARTÍN, D. *et alii.*, 1982. La cueva funeraria de la Montaña de Mina (San Bartolomé, Lanzarote) y su entorno. *Instituto de Estudios Canarios*, 275-301. Cabildo Insular de Tenerife.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C., 1989. Reumatismo articular en las poblaciones prehispanicas de Canarias. A propósito de dos posibles nuevos casos de espondilitis anquilosante en aborígenes de Tenerife. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 35, 545-579. Madrid-Las Palmas.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C., 1991. Los traumatismos en la prehistoria de Tenerife (Islas Canarias). En: M.C. BOTELLA, S.A. JIMÉNEZ, L. RUIZ y PH. DU SOUICH, (eds.). *Nuevas perspectivas en antropología*. Granada: Diputación Provincial de Granada, vol. 2, 829-837.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C., 1992. The debate about syphilis in the prehispanic population of the Canary Islands. *Bioantropología* (Bogotá, Colombia), 2, 2, 11-22.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C., 1995. Osteopatología del habitante prehispanico de Tenerife, Islas Canarias. *Actas del I Congreso Internacional de Estudios sobre Momias*, vol. I, 65-78. Santa Cruz de Tenerife: Museo Arqueológico y Etnográfico de Tenerife, OAMC-Cabildo de Tenerife.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C., 1997. Forensic anthropological study of cranial fractures in the "Guanche" population of Tenerife (Canary Islands). *Journal of Paleopathology*, 9, 2, 91-99.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C. *et al.*, 1991. Cranial injuries in the Guanche population of Tenerife (Canary Islands). A biocultural interpretation. En: W.V. DAVIES & R. WALKER (eds.). *Biological anthropology and the study of ancient Egypt*. London: British Museum, 130-135.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C., 2000a. Estudio demográfico de la población Guanche de Tenerife. Chungará. *Actas del III Congreso Mundial de Estudios sobre Momias*, (Arica, Chile, 1998). *Revista de Antropología Chilena*, 32, 1. 27-32.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C., 2000b. Osteocondritis disecante en poblaciones del pasado. Una revisión sobre su etiología, fisiopatología y epidemiología, con especial referencia a Canarias. *Eres (Serie de Arqueología-Boantropología)*, 9, 201-219. Santa Cruz de Tenerife.
- SERRA RÁFOLS, J. DE C., 1960. Memoria de la excavación del Castillo de Rubicón (abril de 1960). *Revista de Historia Canaria*, 131-132, 357-370. La Laguna.
- SCHWIDETZKY, I., 1963. *La población prehispanica de las Islas Canarias*. Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife.
- TEJERA, A., 1992. *Majos y europeos. El contacto de culturas en Lanzarote en los siglos XIV y XV (Un precedente americano)*. Universidad de La Laguna. Serie Informes, 33.
- TORRIANI, L., 1978 [1592]. *Descripción e Historia del Reino de las Islas Canarias antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*. Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones.
- VERNEAU, R., 1982. *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*. La Orotava: Ediciones JADL.
- XELLA, P., 1994. Baal Hammon nel pantheon punico. Il contributo delle fonti classiche. *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura. Coloquios de Cartagena*, I (noviembre de 1990), 177-190. Murcia.